

Martes 7 de Junio de 1921

LA EMBAJADA REGRESA

Al lento paso de las mulas, las manos ateridas, las narices rojas y húmedas de frío, la Embajada retorna vencedora, como dicen en "Aída".

Los cóndores macilentos y decrepitos, que en calidad de miembros honorarios del Aero Club de Chile, han venido desde la otra banda siguiendo a la comitiva, contemplan, no sin cierto orgullo patriótico, el pausado desfile de las mulas.

Viene adelante el señor Matte, cargando sobre sus hombros con el símbolo de la palabra oficial, mientras del cuello de su cabalgadura cuelga, a guisa de cencerro, la indispensable estufa, que revela en su dueño un hombre práctico, previsor y concienzudo.

Lo sigue a poca distancia el señor Rivas, con la garganta anudada, no por la emoción, como en Río de Janeiro, sino por la velluda y confortable chalina, oculta bajo los pliegues del poncho de balleta. Un simpático tití, regalo, sin duda alguna, de la prensa brasileña y modelo del perfecto periodista, que en caso de apuro es capaz de escribir a cuatro manos, pero nunca con los pies, dirige desde su sitio rápidas y furtivas miraditas a "La Epoca, y se deleita en su lectura.

La silueta redonda y rubicunda del señor Maluenda, aeronauta, se destaca, en pos del grupo periodístico, con la noble majestad de un Zeppelin sobre las nieves eternas. Es, ciertamente, el hombre que más pesares ha ocasionado con su ausencia al resto de la familia que ha quedado en Santiago. A lo menos, don Rafael Maluenda, periodista, ha pasado todo el tiempo con el alma en un hilo. Cada vez que la prensa brasileña anunciaba un reportaje, los Maluendas tiritaban al unísono de un lado al otro de los Andes. Por fin llegaba el párrafo tranquilizador:

"Ayer hemos tenido el placer de entrevistar al distinguido periodista chileno don Agustín Maluenda, el conocido autor de "La Pachacha", "Los Ciegos" y otras obras de resonancia americana. Se trata de un ironista agudo y fino. Interrogado por nosotros acerca de su opinión sobre Rubén Darío, nos respondió que estaba cierto de que aun no recibía su brevet. En otro rapto de humorismo nos afirmó que él no era literato, sino miembro del Aero Club de Chile, y prefería la aviación al periodismo."

Aun a través de las blancas y glaciales laderas, el rostro rubicundo del señor Maluenda, como puede observarse en el grabado, refleja la satisfacción de la cordial acogida de la prensa brasileña, mientras su paciente mula, con una boa envuelta al cuello, conforme a los dictados de la moda parisiense, marcha, orgullosa de llevar sobre sí un hombre de peso, tras cuyas huellas caminan, marciales y arrogantes, el almirante Langlois y el general Altamirano, seguidos de don Ernesto Barros Jarpa y el resto de la brillante comitiva.

Los cóndores saludan respetuosos.

-Esos hombres han cumplido dignamente su misión - dice el más viejo.

-Falta el señor Feliú - agrega el joven/

-¡Ah, el pobre caballero metió la pata - dice el otro - en una hendidura del terreno, y por poco se la zafa... pero es sólo un detalle material. Discreto, amable, mesurado, representó dignamente a la más alta y respetable corporación de la República.

El cóndor viejo asiente satisfecho, y fija la mirada pensativa en la profunda huella que, serpenteando entre la nieve, se pierde en el confín de la ladera.

-¡La huella de la Embajada! - suspira meditabundo, mientras contempla los copos que caen incesantes y amenazan borrar las negras marcas del sendero.

-¡Si esa es la huella de las mulas! - replica el otro cóndor alisándose el plumaje.- La de los embajadores ha quedado al otro lado, en el Brasil, en la Argentina, en la República Oriental, y está grabada en un terreno menos frío e inconsistente que la nieve.

P.

CELIGH UC

Centro de Estudios de Literatura Chilena

Pontificia Universidad Católica de Chile